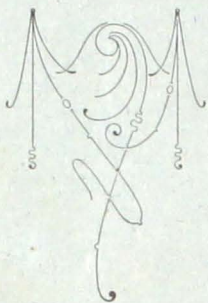


An 29  
953 A

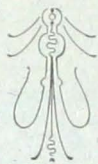
P. Kropothine



# LA MORAL ANARQUISTA

≡ TRADUCCIÓN ≡

Antonio Cruz



# Biblioteca de El Productor

Oficinas: Argüelles, 11, 1.º, 2.ª

BARCELONA-GRACIA

Las deficiencias que se notan en el cultivo de la enseñanza libre y laica y los inconvenientes con que generalmente tropiezan los dedicados á esta labor para proporcionarse obras pedagógicas adaptadas al fin loable que persiguen, háme inspirado la formación de una *Biblioteca*, dedicada expresamente á proporcionar, exenta de toda mira especulativa, las obras que por su índole instructiva libre de sofismas religiosos y sociales, faciliten los pasos de los educandos en el camino progresivo que conduce á la felicidad que hasta el presente nos ha sido negada.

Paralelamente con el propósito expresado, esta *Biblioteca* adquirirá y expenderá, también sin idea de lucro, todos los libros y folletos sociológicos que se publiquen y que propendan á derruir el carcomido edificio donde viven refugiadas las preocupaciones que atroflan la inteligencia humana.

Así es que, este útil y constante trabajo que me impongo, fecundo en transformaciones intelectuales, necesita una justa compensación por parte de los que á esta *Biblioteca* se dirijan, cual es la de procurar no se me perjudique materialmente, puesto que los medios económicos con que cuento para llevarlo á feliz éxito son reducidos. Aceptaré, si, todas aquellas condiciones obligadas por las circunstancias que son obstáculo la mayoría de las veces para llevar á feliz término nobles propósitos.

Esta *Biblioteca*, como llevo expresado, comprenderá dos secciones: una dedicada á la enseñanza de los niños en las escuelas libres y laicas; la otra á la propaganda de los ideales de paz y justicia social.

En el siguiente Catálogo vienen comprendidas las obras que en la actualidad existen en esta *Biblioteca* confiando aumentarla á medida que las casas y grupos editoriales, reconociendo el importante servicio que me propongo realizar, faciliten el desarrollo de ella, ofreciéndole la venta de sus publicaciones que por mi parte realizaré sin aumento ninguno en los precios por los mismos editores consignados.

Como sea que la labor predilecta de la *Biblioteca* será la de ofrecer á las escuelas libres textos adecuados, todos los hombres pensadores de sentimientos generosos podrán ofrecer á ella, para su edición, el fruto de sus estudios, lo cual se realizará previas condiciones mútuas.

LEOPOLDO BONAFULLA

PEDRO KROPOTKINE

# LA MORAL ANARQUISTA

VERSIÓN CASTELLANA DE

A. Cruz

BARCELONA

IMPRENTA DE LA VDA. DE J. MIGUEL, JUNQUERAS, 7  
1903

# LA MORAL ANARQUISTA

La excepción de la regla en el campo  
de las ideas corresponde á la Anarquía.

Antonio Nayer

## I

La historia del pensamiento humano recuerda las oscilaciones del péndulo, las cuales hace ya siglos que perduran. Después de un largo periodo de sueño, viene el despertar; y entonces se liberta de las cadenas con las que todos los interesados—gobernantes, magistrados, clérigos—le habían cuidadosamente amarrado. Las rompe. Somete á severa crítica todo cuanto se le había enseñado; y pone al desnudo la vanidad de los prejuicios religiosos, políticos, legales y sociales en cuyo seno había vegetado. En aras de su espíritu de investigación se lanza por caminos desconocidos, enriquece nuestro saber con descubrimientos imprevistos: crea nuevas ciencias.

Pero el enemigo inveterado del pensamiento—el gobernante, el curial, el religioso—se rehacen en seguida de la derrota. Reunen poco á poco sus diseminadas fuerzas, modifican su fé y sus códigos, adaptándolos á nuevas necesidades; y, valiéndose de ese servilismo de carácter y de pensamiento que ellos han tenido buen cuidado en cultivar, aprovechan la desorganización momentánea de la sociedad. explotando la necesidad de reposo de éstos, la sed de riqueza de aquéllos, los desengaños de los otros—sobre todo los desengaños—comienzan de nuevo y con calma su obra, apoderándose desde luego de la infancia, por la educación.

El espíritu del niño es débil, y fácil por lo tanto de someterle por el terror: á esto apelan. Le intimidan, y le pintan los tormentos del infierno, le hacen ver los sufrimientos de las almas en pena, la venganza de un Dios implacable, más tarde le hablarán de los horrores de la Revolución, explotarán cualquier exceso de los revolucionarios para hacer del niño «un amigo del orden». El religioso le habituará á la idea de *ley* para mejor hacerle obedecer lo que él llama la ley divina, el abogado le hablará también de la ley divina, para mejor some-

Int. Instituut  
Soc. Geschiedenis  
Keizersgracht 264  
Amsterdam-C.

terle á los textos del código. Y el pensamiento de la generación siguiente tomará ese tinte religioso, ese tinte autoritario y servil á la par—autoridad y servilismo van siempre cogidos de la mano—ese hábito de sumisión que demasiado se manifiesta entre nuestros contemporáneos.

Durante estos periodos de adormecimiento, raramente se discurre sobre cuestiones de moral. Las prácticas religiosas, la hipocresía judicial, les entretiene. No discuten; se dejan llevar por la costumbre, por la indiferencia. No se apasionan ni por, ni contra moral establecida, hacen lo que pueden para acomodar exteriormente sus actos á lo que dicen profesar; y el nivel moral de la sociedad desciende cada vez más. Se llega á la moral de los romanos de la decadencia, del antiguo régimen, del fin del régimen burgués.

Todo lo que había de bueno, de grande, de generoso, de independiente en el hombre, se enmohece poco á poco, se oxida como un cuchillo sin uso. La mentira se convierte en virtud, el aplanamiento en deber.

Enriquecerse, gozar del momento, agotar su inteligencia, su ardor, su energía, no importa como, llega á ser el *desideratum* de las clases acomodadas; así como también el de la multitud miserable cuyo ideal es el de parecer burgués. Entonces la depravación de los gobernantes—del juez y de las clases más ó menos acomodadas—se hace tan repulsiva que la otra oscilación del péndulo se descompone.

La juventud se emancipa poco á poco, arroja los prejuicios por la borda, la crítica vuelve. El pensamiento despierta desde luego en algunos; pero insensiblemente el despertar gana la mayoría; dado el impulso, la revolución surge.

Y á cada momento, la cuestión de la moral se pone sobre el tapete.—¿Por qué seguiré yo los principios de esta moral hipócrita?—se pregunta el cerebro emancipado del terror religioso.—¿Por qué determinada moral ha de ser obligatoria?

Uno intenta entonces darse cuenta de ese sentimiento que le asalta á cada paso sin habérselo todavía explicado; y no lo entenderá en tanto lo crea un privilegio de la naturaleza humana, en tanto no descienda hasta los animales, las plantas, las razas, para comprenderle. Sin embargo procura explicárselo según la ciencia del día.

Y—¿es preciso decirlo?—cuanto más se minan las bases de la moral establecida, ó mejor, de la hipocresía que la sostiene, más el nivel moral se eleva en la sociedad. Sobre todo en esta época, precisamente cuando se la crítica y se la niega, el sentimiento moral hace más rápidos progresos; crece, se eleva, se purifica.

Se ha visto en el siglo XVIII. Desde 1723, Maudeville, el autor anónimo que escandalizó á Inglaterra con su *Fábula de las abejas* y los comentarios que añadiera, atacó de frente la hipocresía de la sociedad disfrazada con el nombre de moral. Manifestaba como las costumbres sedicentes morales, no son más que una máscara hipócrita; como las pasiones, que se las cree dominar con el código de la moral vigente,

toman por el contrario una dirección tanto más perniciosa, cuanto mayores son las restricciones de este mismo código. Cual Fourier lo hizo más tarde, pedía libertad para las pasiones, sin que por ello degeneren en vicio; y pagando en esto un tributo á la falta de conocimientos zoológicos de su tiempo, es decir, olvidando la moral de los animales, explicaba el origen de las ideas morales de la humanidad, por la adulación interesada de los padres y de las clases directoras.

Conócese la crítica vigorosa de las ideas morales hecha después por los filósofos escoceses y los enciclopedistas; conócese á los anarquistas de 1793, y se sabe entre quiénes se encuentra el más alto desarrollo del sentimiento moral; entre los legisladores, los patriotas, los jacobinos que cantaban el deber y la sanción moral por el Ser supremo, ó entre los ateos hebertistas que negaban como lo ha hecho recientemente Guyau, el deber impuesto y la sanción moral.

—«¿Por qué seré moral?»—Hé aquí la pregunta que se hacían los racionalistas del siglo XII, los filósofos del siglo XVI, los filósofos y los revolucionarios del siglo XVIII. Más adelante, esta pregunta se repitió de nuevo entre los utilitarios ingleses (Bentham y Mill), entre los materialistas alemanes como Büchner, entre los nihilistas rusos de los años 1860 á 1870, entre el joven fundador de la ética anarquista (la ciencia de la moral de las sociedades)—Guyau,—muerto por desgracia demasiado pronto, y entre los jóvenes anarquistas franceses, hoy.

En efecto, ¿por qué?

Hace treinta años, esta misma cuestión apasionó á la juventud rusa.

—«Yo seré inmoral», acababa de decir un joven nihilista á un su amigo, traduciendo á la ligera los pensamientos que le atormentaban.

—«Seré inmoral, ¿por qué no lo seré?»

—«¿Por qué la Biblia lo quiere? Pero la Biblia no es más que una colección de tradiciones babilónicas y judaicas, tradiciones coleccionadas como lo fueron los cantos de Homero, ó como se hace aun con las canciones vascas ó las leyendas mongolas. ¿Debo, pues, volver al estado de ánimo de los pueblos semi-bárbaros del Oriente?»

«¿Lo seré porque Kant me habla de un *categorico imperativo*, de un orden misteriosa que sale del fondo de mí mismo y me ordena ser moral? Pero ¿por qué ese «categorico imperativo» ha de tener más derecho sobre mis actos que ese otro imperativo que de vez en cuando me incita á la embriaguez? ¡Palabras nada más que palabras como la de Providencia ó Destino, inventada para cubrir nuestra ignorancia!»

—«¿O bien seré moral para agradar á Bentham, quien me quiere hacer creer que seré más feliz si me ahogo por salvar á un transeunte caído en el río, que si le miro ahogarse?»

—«¿O bien quizá, porque tal es mi educación? ¿Por qué mi madre me ha enseñado la moral? Pero entonces, deberé también arrodillarme ante la pintura de un cristo, ó de una *madona*, respetar al rey ó al emperador, inclinarme ante el juez que sé es un canalla, únicamente

porque mi madre, nuestras madres—muy buenas, pero ignorantes—nos han enseñado un montón de tonterías?

«Prejuicios, como todo lo demás; trabajaré para desembarazarme de ellos. Si me repugna ser inmoral, me esforzaré por serlo como adolescente me esforzaba para no temer la oscuridad, el cementerio, los fantasmas y los muertos con los cuales me habían amedrentado. Lo haré para romper un arma explotada por las religiones, lo haré, en fin, para protestar contra la hipocresía que pretenden imponernos en nombre de una palabra á la cual se ha denominado moralidad».

Tal era el razonamiento que la juventud rusa se hacía en el momento de romper con los prejuicios del viejo mundo y enarbolar la bandera del nihilismo, ó mejor, de la filosofía anarquista: «No inclinarse ante ninguna autoridad por respetada que sea; no aceptar ningún principio en tanto no sea establecido por la razón.»

¿Será preciso añadir que la juventud nihilista, después de arrojar al cesto la enseñanza moral de sus padres, quemando todos los sistemas que de ella tratan, ha desarrollado en su seno un cúmulo de *costumbres*, morales infinitamente superiores á todo lo que sus padres habían nunca practicado bajo la tutela del Evangelio, de la *conciencia* del *categórico imperativo* ó del *interès bien comprendido* de los utilitarios?

Pero antes de responder á la pregunta: «¿Porqué seré moral?» veamos primero si la tal cuestión está bien planteada: analicemos las causas de los actos humanos.

## II

Cuando nuestros abuelos quisieron darse cuenta de lo que impulsa al hombre á obrar de un modo mejor que de otro, lo consiguieron de manera muy sencilla. Pueden verse todavía las imágenes católicas que representan su explicación. Un hombre marcha á través de los campos con decisión, sin asomo de duda; lleva un ángel en el hombro derecho y otro en el izquierdo. El diablo le empuja á hacer el mal, el ángel trata de contenerle; y si el ángel ha vencido, el hombre es virtuoso: otros tres ángeles se apoderan de él y lo transportan al cielo. Todo se explica así á maravilla.

Nuestras viejas ayas, bien instruidas sobre este particular, nos dirán que es preciso no meter á un niño en la cama sin desabotonarle el cuello de la camisa. Hay que dejar abierto en la base del cuello un lugar bien caliente donde el ángel guardián pueda cobijarse. Sin esta precaución el diablo atormentaría al niño hasta en el sueño.

Estas sencillas ideas van desapareciendo; pero si las anacrónicas palabras se borran, la esencia es siempre la misma. Las gentes instruidas no creen ya en el diablo, pero sus ideas no son más racionales que las de nuestras ayas; disfrazan á aquél, bajo una palabrería escolástica honrada con el nombre de filosofía. En lugar del *diablo* dirán ahora *la carne, las pasiones*; el *ángel* será reemplazado con las pala-

*bras conciencia ó alma—reflejo del pensamiento de un Dios creador, ó del gran arquitecto*, como dicen los frac-masones. Pero los actos del hombre son siempre considerados como resultante de la lucha librada entre dos elementos hostiles; y el hombre es tenido por tanto más virtuoso, cuanto que uno de estos dos elementos—*el alma ó la conciencia*—haya conseguido mayor victoria sobre el otro—*la carne ó las pasiones*.

Fácilmente se comprende la admiración de nuestros abuelos, cuando los filósofos ingleses, y más tarde los enciclopedistas, vinieron á afirmar en contra de sus primitivas concepciones, que el diablo ó el ángel, no tienen nada que ver en los actos humanos, sino que todos ellos, buenos ó malos, útiles ó nocivos, derivan de un solo impulso: la consecución del placer.

Toda la turbamulta religiosa, y sobre todo la numerosa tribu de los fariseos, clamaron contra la inmoralidad. Se llenó de invectivas á los pensadores, se les excomulgó. Y cuando en el transcurso de nuestro siglo, las mismas ideas fueron expresadas por Bentham, John Stuart Mill, Tchernykeuky y tantos otros y que estos pensadores vinieron á afirmar y á aprobar que el egoísmo ó la consecución del placer es el verdadero impulso de todos nuestros actos, las maldiciones se redoblaron; hizose contra sus libros la conspiración del silencio, tratando de ignorantes á sus autores.

Y sin embargo, ¿qué más verdadero que esa afirmación?

Ved un hombre que arrebata el último bocado de pan al niño. Todos están acordes en decir que es un tremendo egoísta, que está exclusivamente guiado por el amor de sí mismo.

Pero, mirad otro hombre considerado como virtuoso: parte su último bocado de pan con el que tiene hambre, se despoja su ropa para darla al que tiene frío; y los moralistas, hablando siempre la jerga religiosa, se apresuran á decir que ese hombre lleva el amor del prójimo hasta la abnegación, que obedece á una pasión opuesta en todo á la del egoísta.

Más, si reflexionamos un poco, presto descubriremos que, por diferentes que sean las dos acciones en sus resultados para la humanidad, el móvil ha sido siempre el mismo; la consecución del placer.

Si el hombre que dá la única camisa que posee no encontrara en ello placer, no la daría. Si lo hallara en quitar el pan al niño, quitaríalo. Pero esto le repugna; y encontrando mayor satisfacción en dar su pan, lo dá.

Si no hubiera inconveniente en crear la confusión, empleando palabras que tienen una significación establecida para darles nuevo sentido, diríamos que uno y otro obran á impulso de su egoísmo. Algunos lo han dicho abiertamente á fin de hacer resaltar mejor el pensamiento, precisar la idea, presentándola bajo una forma que hiera la imaginación, y destruir al mismo tiempo la leyenda de que dos

actos han dos impulsos diferentes. Tienen el mismo fin: buscar el placer ó bien esquivar el dolor que viene á ser lo mismo.

Tomad el más depravado de los malvados, Thiers, que asesina á más de treinta y cinco mil parisienses; al criminal que degüella á toda una familia para enfangarse en el vicio. Lo hacen, porque en aquel momento el deseo de gloria, ó el ansia del dinero, ahogan en ellos todos los demás sentimientos: la piedad, la compasión misma se hallan extinguidas en aquel instante por ese otro deseo, esa otra ansiedad. Obran casi automáticamente, para satisfacer una necesidad de su naturaleza.

O bien, dejando á un lado las grandes pasiones, tomad al hombre ruin que engaña á sus amigos, que miente á cada paso, ya por sustraer á alguno el importe de un bock, ya por vanagloria, ora por astucia; al burgués que roba céntimo á céntimo á los obreros para comprar un aderezo á su mujer ó á su querida; á cualquier picaruelo, aun ese mismo no hace más que obedecer á sus inclinaciones: busca la satisfacción de una necesidad, trata de evitar lo que para él sería una molestia.

Casi nos avergozamos de tener que comparar ese granujilla con cualquiera de los que sacrifican su existencia por la liberación de los oprimidos y sube al cadalso como un nihilista ruso.

Tal diferencia hay en los resultados de esas dos existencias para la humanidad que nos sentimos atraídos por la una y rechazados por la otra.

Y no obstante, si hablarais á ese mártir, á la mujer que va á ser ahorcada, en el momento mismo en que sube al cadalso, os diría que no trocara su vida de bestia acosada por los perros del Tsar, ni su trágica muerte por la vida del pícaro que vive de los céntimos robados á los trabajadores.

En su existencia, en la lucha contra los mónstruos poderosos, encuentra sus mayores goces. Todo lo demás, á excepción de esta lucha, los pequeños goces del burgués y sus pequeñas miserias, le parecen tan mezquinas, tan fastidiosas, tan tristes! = *Vos no vivis, végétáis, os respondería ella; pero yo, he vivido!*

Hablamos evidentemente de los actos razonados, conscientes del hombre, reservándonos hablar más adelante de esa inmensa serie de actos inconscientes, casi maquinales, que llenan la mayor parte de nuestra vida. Ahora bien, en sus actos razonados ó conscientes el hombre busca aquello que le agrada.

Tal se embriaga y se embrutece porque busca en el vino la excitación nerviosa que no encuentra en su organismo; tal otro no se emborracha porque halla una gran satisfacción, dejando el vino y gonzando de conservar la frescura de su inteligencia y la plenitud de sus fuerzas, á fin de poder saborear otros placeres que prefiere á los del vino. Pero ¿qué hace sino obrar como el *gourmet* que después de

haber leído el *menú* de una gran comida renuncia á un plato de su gusto para hartarse sin embargo de otro más preferido?

Cualesquiera que sean sus actos, el hombre busca siempre un placer ó evita un dolor.

Cuando una mujer se priva del último bocado de pan para dárselo al primero que llega, cuando se quita su último harapo para cubrir á otra que tiene frío, y ella misma tiritar sobre el puente del navío, lo hace porque sufriría infinitamente más de ver á un hombre hambriento ó una mujer con frío que tiritar ella misma, ó sufrir el hambre. Evita una pena, cuya intensidad sólo conocen los que la han sufrido.

Cuando aquel australiano citado por Guyau se desesperaba con la idea de no haber vengado aún la muerte de su pariente, cuando se ahilaba roído por la conciencia de su cobardía, no recobrando la salud hasta después de haber realizado su venganza, hizo un acto tal vez heróico para desembarazarse del sufrimiento que le asediaba, para reconquistar la paz interior, que es el supremo placer.

Cuando una banda de monos ha visto caer á uno de los suyos herido por la bala del cazador, sitian su tienda para reclamar el cadáver á pesar de las amenazas de ser fusilados; cuando por fin el jefe de la banda entra con decisión, amenazando primero al cazador, suplicando después y obligándole al fin con sus lamentos á devolverle el cadáver, que la banda lleva gimiendo al bosque, los monos obedecen al sentimiento de condolencia más fuerte en ellos que todas las consideraciones de seguridad personal. Este sentimiento ahoga todos los otros. La vida pierde para ellos sus atractivos en tanto no se aseguran de la imposibilidad de volver de nuevo á su camarada la existencia. Tal sentimiento llega á ser tan opresivo que los pobres animales lo arriesgan todo por desembarazarse de él.

Cuando las hormigas se arrojan por millares en las llamas de un hormiguero, que esta bestia feroz, el hombre, ha incendiado, y perecen por centenares para salvar sus larvas, obedecen también á una necesidad, la de conservar su prole. Lo arriesgan todo por tener el placer de llevarse sus larvas, que han cuidado con más cariño que muchos burgueses cuidan de sus hijos.

En fin, cuando un infusorio esquivo un rayo demasiado fuerte del sol y va á buscar otro menos ardiente, ó cuando una planta vuelve sus flores al sol ó cierra sus hojas al acercarse la noche, ambos obedecen también á la necesidad de evitar un dolor ó de buscar el placer; igual que la hormiga, el mono, el australiano, el mártir cristiano ó el mártir anarquista.

Buscar el placer, evitar el dolor, es el hecho general (otros dirían la ley) del mundo orgánico: es la esencia misma de la vida.

Sin este afán por lo agradable, la existencia sería imposible. Se disgregaría el organismo, la vida cesaría.

Así, pues, cualquiera que sea la acción del hombre, cualquiera que

sea su línea de conducta, *obra siempre obedeciendo á una necesidad de su naturaleza.*

El acto más repugnante, como el más indiferente, ó el más atractivo, son todos igualmente dictados por una necesidad del individuo. Obrando de una ú otra manera el individuo lo hace porque en ello encuentra un placer, porque se evita de este modo ó cree evitarse una molestia.

He aquí un hecho perfectamente determinado, la esencia de lo que se ha llamado la teoría del egoísmo.

Ahora bien ¿hemos adelantado algo más después de haber llegado á esta conclusión general?

—Si, ciertamente. Hemos conquistado una verdad y destruido un prejuicio, que es la raíz de todos los prejuicios. Toda la filosofía materialista en su relación con el hombre se halla en esta conclusión. ¿Pero se sigue de esto que todos los actos del individuo son indiferentes, como así han querido sostenerlo?

Veámoslo.

### III

Hemos visto que las acciones del hombre razonadas ó conscientes —más adelante hablaremos de los hábitos inconscientes— tienen todos el mismo origen. Los llamados virtuosos y los que se denominan viciosos; las grandes adhesiones como las pequeñas socialinas, los actos elevados como los repulsivos, derivan de la misma fuente. Hechos son todos que responden á naturales necesidades del individuo. Tienen por objeto buscar el placer, el deseo de huir del dolor.

Lo hemos manifestado en el capítulo precedente, que no es sino un resumen muy sucinto de multitud de hechos que podrían ser citados en su apoyo.

Compréndese que esta explicación haga clamar á quienes están todavía imbuidos por los principios religiosos. Ella no deja espacio para lo sobrenatural; echa abajo la idea de la inmortalidad del alma. Si el hombre no obra más que obedeciendo á una necesidad natural, si no es, por así decirlo, más que un «automata consciente» ¿qué será el alma inmortal, qué será la inmortalidad, último refugio de los que han conocido poco el placer y demasiado el dolor, y que sueñan con hallar la compensación en el otro mundo?

Se comprende que, fuertes en los prejuicios, poco confiados en la ciencia, que les ha engañado á menudo, guiados por el sentimiento más que por la razón rechacen una verdad que les quita su única esperanza.

Pero ¿qué decir de esos revolucionarios que desde el siglo dieciocho hasta nuestros días siempre que oyen por primera vez la primera explicación natural de los actos humanos (la teoría del egoísmo, si se quiere), se apresuran á sacar la misma conclusión que la juventud nihilista, de quienes hablamos al principio, los cuales tienen prisa por gritar «¡Abajo la moral!»?

Qué decir de los que, persuadidos de que el hombre no obra sino para responder á necesidades orgánicas, se apresuran á afirmar que todos los actos son indiferentes; que no hay ni bien ni mal; que salvar á un hombre que se ahoga, ó ahogarle para apoderarse de su reloj son dos actos equivalentes; que el mártir muriendo sobre el cadalso por haber trabajado en emancipar á la humanidad, y el picaro robando á sus compañeros se *equivalen*, puesto que los dos intentan procurarse un placer?

Añadieran siquiera que no debe haber olor bueno ni malo, perfume en la rosa, hedor en la asafétida, porque uno y otro no son más que vibraciones de las moléculas; que no hay gusto bueno ni malo, porque la amargura de la quinina y la dulzura de la guayaba no son tampoco sino vibraciones moleculares; que no hay hermosura ni fealdad físicas, inteligencia ni imbecilidad, porque belleza y fealdad, inteligencia ó imbecilidad no son tampoco más que resultados de vibraciones químicas y físicas que se operan en las células del organismo. Si agregaran eso, podría aún decirse que chocean, pero que tienen por lo menos la lógica del necio.

Mas como no lo dicen, ¿qué consecuencia podemos sacar de ello?

Nuestra respuesta es sencilla. Maudeville en 1723 en la «Fábula de las abejas», el nihilista ruso de los años 1860-70, tal cual anarquista parisién de nuestros días, razonan así porque sin creerlo, se hallan aún imbuidos por los prejuicios de su educación cristiana. Por ateos, por materialistas ó por anarquistas que se digan, razonan exactamente como razonaban los padres de la Iglesia ó los fundadores del budhismo.

Los ancianos, nos dicen, en efecto: «El acto será bueno si representa una victoria del alma sobre la carne; será *malo* si es la carne quien ha dominado al alma; será indiferente si no ha habido vencedor ni vencido: *no hay otra regla para juzgar de la bondad del hecho.*» Y nuestros jóvenes amigos repiten como los padres cristianos ó budhistas: *No hay otra regla para juzgar de la bondad del hecho.*

Los padres de la Iglesia decían: Ved las bestias, no tienen alma inmortal; sus actos están simplemente condicionados para responder á una de las necesidades de la naturaleza: he ahí por qué no puede haber entre los animales actos buenos ni malos, todos son indiferentes; por lo tanto no habrá para los animales ni paraíso ni infierno, ni recompensa ni castigo. Y nuestros jóvenes amigos toman el dicho de San Agustín y de San Shakyamuni y dicen: «El hombre no es más que una bestia; sus actos están sencillamente condicionados para responder á una necesidad de su organismo; por lo tanto no puede haber para el hombre actos buenos ni malos: todos son indiferentes.»

¡Siempre la maldita idea de pena y de castigo sale al paso de la razón; siempre esa absurda herencia de la enseñanza religiosa, profiriendo que el acto es bueno si viene de una inspiración sobrenatural, é indiferente si el tal origen le falta; y siempre, aun entre los mismos

que más se rien de ello, la idea del angel sobre el hombro derecho y del diablo sobre el izquierdo! Suprimid el diablo y el angel y no sabré deciros ya si tal acto es bueno ó malo, pues no conozco otra razón para juzgarle.»

Mientras exista el cura, existirán el demonio y el angel, y todo el barniz materialista no bastarán para ocultarlo. Y, lo que es peor aun, mientras exista el juez existirán sus penas de azotes á unos, y sus recompensas cívicas á otros, y los mismos principios de la anarquía no bastarán para desarraigar la idea de castigo y recompensa.

Pues bien; nosotros que no queremos ni cura ni juez, decimos simplemente: «¿El *asafétida* hiede, la serpiente me muerde, el embustero me engaña? La planta, el reptil y el hombre, los tres, obedecen á una necesidad natural. Sea.

Ahora bien, yo obedezco también á una necesidad propia, odiando la planta que hiede, el animal que mata con su veneno, y el hombre, que es aun más venenoso que la serpiente. Y obraré en consecuencia sin dirigirme por eso, ni al diablo, que ademas no conozco, ni al juez, que detesto más aun que á la serpiente. Yo, y todos los que comparten mis simpatías, obedecemos también á una condición de nuestro propio temperamento. Veremos cuál de los dos tienen en ello la razón, y, por ende, la fuerza.»

Esto es lo que vamos á estudiar; y por lo mismo observaremos que si los San Agustín no tenían otra base para distinguir entre el bien y el mal, los animales tienen otro mucho más eficaz. El mundo animal en general, desde el insecto hasta el hombre, sabe perfectamente lo que es bueno y lo que es malo sin consultar para ello la Biblia ni la filosofía. Y si esto es así, la causa está también en las necesidades de su organismo, en la conservación de la raza; y, por lo tanto, en la mayor suma posible de felicidad para cada individuo.

#### IV

Para distinguir el bien del mal, los teólogos mosaicos, budhistas, cristianos y musulmanes, recurrían á la inspiración divina. Veían que el hombre, salvaje ó civilizado, iletrado ó docto, perverso ó bueno y honrado, sabe siempre si obra bien ó si obra mal, sobre todo esto último; pero no encontrando explicación á este hecho general han visto en ello la inspiración celeste. Los filósofos metafísicos nos han hablado á su vez de conciencia, de imperativo místico, lo que por otra parte no era más que un cambio de palabras.

Más ni los unos ni los otros, han sabido demostrar el hecho tan sencillo y tan palpable de que los animales que viven en sociedad saben distinguir entre el bien y el mal igual que el hombre. Y lo que es más, que sus concepciones sobre este particular son en absoluto del mismo género que las del hombre. Entre los tipos mejor desarrollados de cada clase separada —pescados, insectos, aves, mamíferos—son hasta idénticos.

Los pensadores del siglo XVIII lo habían hecho muy de notar; pero se les ha olvidado después, siendo á nosotros á quien toca ahora hacer comprender toda su importancia.

Forel, ese observador inimitable de las hormigas ha, demostrado, con una multitud de observaciones y de hechos, que cuando una hormiga que se ha hartado de miel encuentra á otras hormigas con el vientre vacío, éstas le piden inmediatamente de comer; y, entre esos pequeños insectos, es un deber para la hormiga satisfecha, devolver la miel, á fin de que las amigas hambrientas puedan satisfacerse á su vez. Preguntad á las hormigas si harían bien rehusando el alimento á sus compañeras, habiendo satisfecho su hambre, y os responderán con sus propios actos, fáciles de comprender, que se portarían muy mal si tal hicieran. Hormiga tan egoísta, sería tratada con más dureza que los enemigos de otra especie. Si eso ocurriera durante un combate entre dos especies distintas, abandonarían la lucha para encarnizarse con la egoísta. Esto, demostrado se halla por experiencias que no dejan el menor asomo de duda.

O mejor, preguntad á los pájaros que anidan en vuestro jardín, si está bien no advertir á toda la banda que habeis arrojado algunas miguitas de pan en él con el fin de que todos puedan participar de la comida; preguntadles si tal *friquet* (variedad de gorrión) ha obrado bien robando del nido de su vecino los tallos de paja que éste había recogido, y que el ladronzuelo no quiere tomarse el trabajo de realizar por sí mismo. Y los gorriones os responderán, que eso está muy mal hecho, arrojándose todos sobre el ladrón y persiguiéndole á picotazos.

Preguntad también á las marmotas, si está bien cerrar la entrada de su almacén subterráneo á las demás compañeras de la colonia, y os responderán que no, haciendo toda clase de aspavientos á la avariciosa.

Preguntad, en fin, al hombre primitivo, al Tchouktche, por ejemplo, si está bien tomar de comer de la tienda de uno de los miembros de la tribu en su ausencia; y os responderá, que, si el hombre podía procurarse el alimento por sí mismo, eso hubiera sido muy mal hecho, pero que, si estaba fatigado ó necesitado, debía tomar el alimento allá donde quiera que lo encontrara. Más en este caso habria hecho bien en dejar su gorra ó su cuchillo, ó siquiera un cabo de cuerda con un nudo, á fin de que el cazador ausente pudiera saber, al entrar, que ha tenido la visita de un amigo, y no la de un merodeador. Esta precaución le hubiera evitado los cuidados que le proporcionara la posible presencia de un merodeador en los alrededores de su tienda.

Millares de hechos semejantes, podrían citarse, libros enteros podrían escribirse para mostrar cuán idénticas son las concepciones del bien y del mal, en el hombre y en los animales.

La hormiga, el pájaro, la marmota y el Tchouktche salvaje, no han leído á Kant ni á los santos padres, ni aún á Moisés; y, sin embargo, todos tienen la misma idea del bien y del mal. Si reflexionais



un momento, acerca de lo que hay en el fondo de esa idea, vereis al instante que lo que se reputa *bueno* entre las hormigas, las marmotas y los moralistas cristianos ó ateos, es lo que se considera *útil* para la conservación de la especie, y lo que se reputa *malo* es lo que se considera *perjudicial*: nó para el individuo, como decían Benthan y Mill, sino hermoso y bueno para la especie entera.

La idea del bien y del mal no tiene así nada que ver con la religión ó la misteriosa conciencia, es una necesidad de las especies animales. Y cuando los fundadores de religiones, los filósofos y los moralistas, nos hablan de entidades divinas ó metafísicas, no hacen más que recordarnos lo que las hormigas, los pájaros practican en sus pequeñas colectividades:

¿Es útil á la colonia? Luego es *bueno*.

¿Es *nocivo*? Entonces es *malo*.

Esta idea puede hallarse muy restringida entre los animales inferiores ó muy desarrollada entre los más avanzados; pero su esencia es siempre la misma.

Para las hormigas no sale del hormiguero. Todas las costumbres sociales, todas las reglas de bienestar, no son aplicables más que á los individuos del mismo hormiguero. Es preciso devolver el alimento á los miembros de la colonia, nunca á los otros. Una colectividad se confundirá con otra, á menos que circunstancias excepcionales, tal como la destreza común á las dos, lo exijan. Del mismo modo los gorriones del Luxemburgo, tolerándose de manera admirable, harán una guerra encarnizada á cualquier otro gorrión del *square* Monge que se atreviera á internarse en el Luxemburgo. El Tchouktche considerará al Tchouktche de otra tribu como un personaje sin derecho á que le sean aplicados los usos de la tribu. Le está permitido vender, (vender es más ó menos robar al comprador: entre los dos hay siempre engaño) mientras sería un crimen vender á los de su propia tribu: á estos no se vende, se les da sin tenerlo en cuenta jamás. Y el hombre civilizado comprendiendo en fin las íntimas relaciones, aunque imperceptibles al primer golpe de vista, entre sí y el último de los pápua extenderá sus principios de solidaridad á toda la especie humana y hasta á los animales. La idea se ensancha pero el fondo es siempre el mismo.

Por otra parte la concepción del bien á del mal varía según el grado de inteligencia ó de conocimientos adquiridos. No tiene nada de inmutable.

El hombre primitivo podría encontrar muy *bueno*, es decir, muy útil á la raza comerse á sus padres ancianos cuando llegaban á ser una carga (muy pesada en el fondo) para la comunidad. Podría también encontrar bueno—es decir para la comunidad—matar á los niños recién nacidos y no guardar más que dos ó tres de ellos por familia, á fin de que la madre pudiera amamentarlos hasta la edad de tres años y prodigarles su ternura.

Hoy las ideas han cambiado; pero los medios de subsistencia no son ya lo que eran en la edad de piedra. El hombre civilizado no está en la situación de la familia salvaje, la cual había de elegir entre dos males: ó bien comer á los ancianos ó bien alimentarse todos insuficientemente, y pronto encontrarse reducido á no poder alimentar á los viejos ni á los pequeñuelos. Es preciso transportarse á esas edades, que apenas podemos evocar en nuestro espíritu, para comprender que en las circunstancias de entonces, el hombre semisalvaje pudiera razonar con bastante acierto.

Los razonamientos pueden cambiar. La apreciación de lo que es útil ó nocivo á la especie cambia, pero el fondo es inmutable. Y si se quisiera resumir toda esta filosofía del reino animal en una sola frase se vería que hormigas, pájaros, marmotas y hombres están de acuerdo en un punto determinado.

Los cristianos decían: *No hagas á otro lo que contigo no quisieras sea hecho*. Y añadían: *Si nó serás arrojado al infierno*.

La moralidad que se desprende de la observación de todo el conjunto del reino animal, superior en mucho á la precedente, puede resumirse así: *Haz á los otros lo que quieras que ellos te hagan en igualdad de circunstancias*.

Y añade:

«Nota bien que esto no es más que un *consejo*; pero ese consejo es el fruto de una larga experiencia de la vida de los animales asociados y entre la inmensa multitud de los que viven en sociedad, comprendiendo al hombre, obrar según ese principio ha pasado al estado de hábito, Sin ello, además, ninguna sociedad podría existir, ninguna especie podría vencer los obstáculos naturales contra los cuales tiene que luchar.

¿Este principio tan sencillo es el que se desprende de la observación de los animales que viven en colectividad y de las sociedades humanas? ¿Es aplicable? ¿Y cómo pasa ese concepto al estado de costumbre, en constante desarrollo? Esto es lo que vamos á examinar ahora.

## V

La idea del bien y del mal existe en la humanidad. El hombre, cualquiera que sea el grado de desarrollo intelectual que haya alcanzado, por oscurecidas que estén sus ideas en los prejuicios y el interés personal, considera generalmente como *bueno lo que es útil á la sociedad en que vive*, y como malo lo que la es nocivo.

Mas ¿de dónde viene esta concepción tan vaga con frecuencia que á penas podríasela distinguir de una aspiración? Hé ahí millones y millones de seres humanos que nunca han pensado en su especie. La mayor parte no conocen más que el clan ó la familia, difícilmente la nación —y aún más raramente la humanidad,—¿Cómo se pretende que ellos puedan considerar como bueno, lo que es útil á la especie

humana, ni aun llegar al sentimiento de solidaridad con su clan á pesar de sus instintos estrechamente egoistas?

Tal hecho ha preocupado mucho á los pensadores de otros tiempos. Continúa intrigándoles, y no pasa año que no se escriban algunos libros sobre este asunto. A nuestra vez vamos á dar nuestra opinión sobre las cosas; pero digamos de paso que si la explicación del hecho puede variar, el hecho mismo no permanece por ello menos incontestable; y aun cuando nuestra explicación no fuera todavía la verdadera, ó que no fuera completa, él, con sus lógicas consecuencias para el hombre, siempre persistiría. Podemos no comprender enteramente el origen de los planetas que giran alrededor del sol; los planetas girarán, sin embargo, y uno de ellos nos arrastra consigo en el espacio.

Ya hemos hablado de la explicación religiosa. Si el hombre distingue entre el bien y el mal, dicen los hombres religiosos, es que Dios le ha inspirado esa idea. Útil ó nociva no admite discusión; no hay más sino obedecer á la idea de su creador. No nos detengamos en ella, fruto del terror y de la ignorancia del salvaje: Pasemos.

Otros, como Obbes, han intentado explicarla por la ley. Sería la ley la que había desarrollado en el hombre el sentimiento de lo *justo* y de lo *injusto*, del *bien* y del *mal*. Nuestros lectores apreciarán por sí mismos esta explicación.

Saben que la ley ha utilizado sencillamente las aspiraciones sociales del hombre para deslizarle, con preceptos de moral por él aceptados, órdenes útiles á la minoría de los explotadores, á los cuales rechazaba. Ha pervertido el sentimiento de justicia en lugar de desarrollarlo. Prosigamos aun.

No nos detengamos tampoco en la de los utilitarios. Quieren que el hombre obre moralmente por interés personal, y olviden sus sentimientos de solidaridad que existen cualquiera que sea su origen. Hay algo de verdad en ello, pero no es aun toda la verdad. Sigamos adelante.

Será siempre á los pensadores del siglo XVIII á quien pertenece la gloria de haber adivinado, en parte por lo menos, el origen del sentimiento moral.

En un libro soberbio, al rededor del cual la clerigalla ha hecho el silencio, y es, en efecto, poco conocido de la mayor parte de los pensadores, hasta de los antireligiosos, Adam Smith ha puesto el dedo sobre el verdadero origen del sentimiento moral. No va á buscarlo en las ideas religiosas ó místicas, lo encuentra en el simple sentimiento de simpatía.

Veis que un hombre pega á un niño; comprendéis que el niño apeado sufre; vuestra imaginación hace sentir en vosotros mismos el mal que se le inflinge, ó bien sus llores, su compungida carita os lo dice; y, si no sois un cobarde, os arrojáis sobre el hombre que pega al niño, se lo arrancáis á la fuerza.

Este ejemplo por sí solo explica casi todos los sentimientos morales. Cuanto más poderosa es vuestra imaginación, mejor podéis comprender lo que siente un ser afligido, y más intenso, más delicado será vuestro sentimiento moral, más compelido os veréis á sustituir á ese otro individuo; con mayor agudeza sentiréis el mal que se le haga, la injuria que le ha sido inferida, la injusticia de la cual ha sido víctima; mayor será vuestra inclinación á impedir el mal, la injuria, ó la injusticia; más habituado estaréis por las circunstancias, por los que os rodean, ó por la intensidad de vuestro propio pensamiento y de vuestra propia imaginación á *obrar* en el sentido en que el pensamiento y la imaginación os empujan. Cuanto mayor sea en vos este sentimiento moral, mayor predisposición tendrá para constituirse en *hábito*.

Eso es lo que Adam Smith desarrolla con abundancia de ejemplos. Era joven cuando escribió ese libro infinitamente superior á su obra senil, «La economía política». Libre de todo prejuicio religioso, buscó la explicación en un hecho físico de la naturaleza humana: hé ahí por qué durante un siglo la clerigalla con ó sin sotana ha hecho el silencio al rededor de este libro.

La única falta de Adam Smith, está en no haber comprendido que tal sentimiento de simpatía, convertido en hábito, existe entre los animales al igual que en el hombre.

No desagrada esto á los vulgarizadores de Darwin ignorando en él todo lo que no había sacado de Malthus; el sentimiento de solidaridad es el rasgo predominante de la existencia de todos los animales que viven en sociedad. El águila devora al gorrión, el lobo á las marmotas; pero las águilas y los lobos se ayudan entre sí para cazar; y los gorrones y las marmotas se prestan solidaridad tan bien contra los animales de presa, pues solo los poco diestros se dejan expoliar. En toda agrupación animal la solidaridad es una ley (un hecho general) de la naturaleza, infinitamente más importante que esa lucha por la existencia, cuya virtud nos cantan los burgueses en todos los tonos, á fin de mejor embrutecernos.

Cuando estudiamos el mundo animal y queremos comprender la razón de la lucha por la existencia, sostenida por todos los seres vivientes contra las circunstancias adversas y contra sus enemigos, comprobamos que cuanto más el principio de solidaridad igualitaria se desarrolla en un grupo animal, convertido en costumbre, más probabilidades tiene de sobrevivir y salir triunfante de la lucha contra los elementos y contra sus enemigos. Cuanto mejor cada miembro de la sociedad comprende la solidaridad para con los demás, mejor se desarrollan en todos ellos esas dos cualidades que son los factores principales de la victoria y del progreso: de una parte el valor, y la libre iniciativa del individuo de la otra. Y cuanto más, por el contrario, tal colonia ó tal grupillo de animales pierde ese sentimiento de solidaridad (lo que sucede á consecuencia de una excepcional miseria ó bien de una gran abundancia de alimento) tanto más los otros dos

facto es del progreso—el valor y la iniciativa individual—disminuyen, concluyendo por desaparecer, y la sociedad en decadencia sucumbe ante sus enemigos. Sin confianza mútua no hay lucha posible, no hay valor, no hay iniciativa, no hay solidaridad, no hay victoria; es la derrota segura.

Volveremos algún día sobre este asunto, y podremos demostrar, con lujo de pruebas, cómo en el mundo animal y humano, la ley del apoyo mútuo es la ley del progreso; y cómo el apoyo mútuo, cual el valor y la iniciativa individual, que de él provienen, aseguran la victoria á la especie que mejor lo sabe practicar. Por el momento nos bastará hacer constar el hecho. El lector comprenderá por sí mismo toda su importancia en la cuestión que nos ocupa.

Imagínese ahora ese sentimiento de solidaridad obrando á través de los millones de edades que se han sucedido desde que los primeros seres animados han aparecido sobre el globo; imagínese cómo ese sentimiento llegaba á ser costumbre y se transmitía por herencia desde el organismo microscópico más sencillo hasta sus descendientes—los insectos, los reptiles, los mamíferos y el hombre;—y se comprenderá el origen del sentimiento moral que es una *necesidad* para el animal, como el alimento ó el órgano destinado á digerirlo.

Hé ahí, sin remontarnos más lejos (pues aquí nos sería preciso hablar de los animales complicados, originarios de *colonias* de pequeños seres extremadamente sencillos) el origen del sentimiento moral. Hemos debido ser en extremo concisos para desarrollar esta gran cuestión en el espacio de algunas páginas; pero eso basta ya para ver en ello que no hay nada de místico ni sentimental. Sin esa solidaridad del individuo con la especie, nunca el mundo animal se hubiera desarrollado ni perfeccionado. El sér más adelantado en la tierra, sería aún uno de esos pequeños grumos que flotan en las aguas y que apenas se perciben con el microscopio. Ni aun existirían, las primeras agregaciones de células: ¿no son ya un acto de asociación para la lucha?

## VI

Así vemos que observando las sociedades animales—no como burgueses interesados, sino como simples observadores inteligentes—se llega á hacer constar que este principio, *trata á los otros como quisieras ser tratado por ellos en análogas circunstancias*, se encuentra donde quiera que la asociación existe.

Y cuando se estudia más de cerca el desarrollo ó la evolución del mundo animal, se descubre, con el zoólogo Kessler, y el economista Tchernychevsky, que este principio, traducido en una sola palabra, *Solidaridad*, ha tenido en el desenvolvimiento de los animales una parte infinitamente mayor que todas las adaptaciones que puedan resultar de las luchas individuales por la adquisición de personales ventajas.

Es evidente que la práctica de la *solidaridad* se encuentra todavía

más desarrollada en las sociedades humanas. Sin embargo agrupaciones de monos, las más elevadas en la escala animal, nos ofrecen una práctica de la solidaridad de las más atractivas. El hombre, avanza todavía un paso en este camino; eso sólo le permite conservar su mezzquina especie, en medio de los obstáculos que le opone la naturaleza, y desenvolver su inteligencia.

Cuando se estudian las sociedades primitivas que se hallan hasta el presente en la edad de piedra, se ve en sus pequeñas comunidades la solidaridad practicada en el más alto grado para con todos sus miembros.

Hé ahí por qué esa práctica de la solidaridad no cesa nunca ni aun en las épocas peores de la historia; aun entonces, que las circunstancias temporales de dominación, de servidumbre, de explotación, hacen desconocer este principio, permanece siempre en el pensamiento de la mayoría, de tal modo que conduce á odiar las malas instituciones, á la revolución. Así se aprende; sin ella la sociedad debería perecer.

Para la inmensa mayoría de los animales y de los hombres, ese sentimiento se halla, y debe hallarse convertido en hábito adquirido, de principio permanente en el espíritu, por más que se le desconozca con frecuencia en los hechos.

Es toda la evolución del reino animal quien habla con nosotros; y es larga, muy larga; cuenta cientos de millones de años.

Aun cuando quiséramos desembarazarnos de ella, no podríamos. Sería más fácil al hombre habituarse á andar en cuatro pies que desembarazarse del sentimiento moral. Es anterior en la evolución animal á la posición recta del hombre.

El sentido moral es en nosotros una facultad natural, igual que el sentido del olfato y del tacto.

En cuanto á la Ley y á la Religión, que también han predicado este principio, sabemos que lo han sencillamente escamoteado para con él cubrir su mercancía; sus prescripciones favorecen al conquistador, al explotador y al clérigo. Sin el principio de solidaridad, cuya justicia está generalmente reconocida, ¿cómo habrían tenido ascendiente sobre el espíritu?

Con él se cubrían uno á otro á semejanza de la autoridad, la cual también consiguió imponerse, declarándose protectora de los débiles contra los fuertes.

Arrojando por la borda la Ley, la Religión, y la Autoridad, volverá la humanidad á tomar posesión del principio moral, que se había dejado arrebatar, á fin de someterlo á la crítica y de purgarlo de las adulteraciones con las que el clérigo, el juez y el gobernante, lo habían emponzoñado y lo emponzoñan todavía.

Pero negar el tal principio porque la Iglesia y la Ley lo han explotado, sería tan poco razonable como declarar que no se lavará nunca, que se comerá puerco infestado de triquinas y que no se querrá la

posesión común del sol; porque el Corán prescribe lavarse todos los días, porque el higienista Moisés prohibía á los hebreos comer tocino ó porque el Chariat (el suplemento del Corán) quiere que toda la tierra que permanezca inculta durante tres años, vuelva á la comunidad.

Además, ese principio de tratar á los demás como uno quiere ser tratado, ¿qué es sino el genuino principio de la Igualdad, el principio fundamental de la Anarquía? ¿Y cómo puede uno llegar á creerse anarquista sin ponerlo en práctica?

No queremos ser gobernados. Pero por esto mismo, ¿no declaramos que no queremos gobernar á nadie? No queremos ser engañados, queremos que siempre se nos diga la verdad. Pero con esto ¿no declaramos que nosotros no queremos engañar á nadie, que nos comprometemos á decir siempre la verdad, nada más que la verdad? No queremos que se nos roben los frutos de la labor. Pero por lo mismo ¿no declaramos respetar los frutos de la labor ajena?

¿Con qué derecho, en efecto, pediríamos que se nos tratase de cierta manera, reservándonos tratar á los demás de un modo completamente opuesto? ¿Seríamos acaso como el *oso blanco* (1) de los kirghises que puede tratar á los demás como le parece? Nuestro sencillo concepto de igualdad se subleva á esta sola idea.

La igualdad en las relaciones mútuas, y la solidaridad que de ella resulta necesariamente: he ahí el arma más poderosa del mundo animal en su lucha por la existencia.

Y la igualdad es la equidad.

Llamándonos anarquistas declaramos por adelantado que renunciamos á tratar á los demás como nosotros no quisiéramos ser tratados por ellos; que no toleramos más la desigualdad, lo cual permitiría á algunos de entre nosotros ejercitar la violencia ó la astucia ó la habilidad del modo que nos desagradaría á nosotros mismos. Pero la igualdad en todo—sinónimo de equidad—es la anarquía misma. ¡Al diablo el *oso blanco* que se abroga el derecho de engañar la sencillez de los otros! No le queremos, y lo suprimimos por necesidad. No es únicamente á esa trinidad abstracta de Ley, Religión y Autoridad á quien declaramos la guerra.

En llegando á ser anarquistas se la declaramos al cúmulo de embustería, de astucia, de explotación, de depravación, de vicio en una palabra, de desigualdad, que han vertido en los corazones de todos nosotros. Se la declaramos á su manera de obrar, á su manera de pensar. El gobernado, el engañado, el explotado, la prostituta, etcétera, hieren ante todo nuestros sentimientos de igualdad. En el nombre de la Igualdad no queremos ya ni prostitutas, ni explotados, ni engañados, ni gobernados.

Se nos dirá acaso, se ha dicho alguna vez: «Pero si pensáis que precisa tratar siempre á los demás como vos mismo queréis ser trata-

(1) Se refiere al Tsar de Rusia.

do ¿conqué derecho usaríais de la fuerza en determinadas circunstancias? ¿Con qué derecho dirigir los cañones contra los bárbaros ó civilizados que invaden vuestro país? ¿con qué derecho desposeer al explotador? ¿con qué derecho matar no solo á un tirano, pero ni á una simple vívora?»

¿Con qué derecho? ¿Qué entendéis por esta palabra *barroca* arrancada á la Ley? ¿Queréis saber si tendría conciencia de obrar bien haciendo eso? ¿Si los que yo aprecio encontrarán que he hecho bien? ¿Es eso lo que preguntáis?

En ese caso nuestra contestación es sencilla.

Ciertamente que sí; porque nosotros pedimos que se nos mate, sí, como animales venenosos, si vamos á hacer una invasión al Tonkin, ó á la Zululandia, cuyos habitantes no nos han hecho nunca mal alguno. Decimos á nuestros hijos: «Mátame si me paso nunca al partido de los invasores.»

Ciertamente que sí; porque pedimos que se nos desposea si un día, mintiendo á nuestros principios, nos apoderamos de una herencia—sería llovida del cielo—para emplearla en la explotación de los demás.

Ciertamente que sí; porque todo hombre de corazón, pide que antes se le aniquile que llegar á ser vívora jamás; se le hunda un puñal en el corazón, si alguna vez ocupara el lugar de un tirano destronado.

Sobre cien hombres que tengan mujer é hijos, habrá noventa que sintiendo la aproximación de la locura (la pérdida del registro cerebral en sus acciones) intentarán suicidarse por miedo de hacer mal á los que aman. Cada vez que un hombre de corazón comprende que se hace peligroso á los que son objeto de su cariño, prefiero morir antes que llegar á tal extremo.

Cierto día, en Irkutsk, un doctor polaco y un fotógrafo son mordidos por un perrillo rabioso. El fotógrafo se quema la herida con hierro candente, el médico se ciñe á cauterizarla. Es joven, hermoso, rebosando salud; acababa de salir de la mazmorra á lo cual el gobierno le había condenado por su adhesión á la causa del pueblo. Fuerte con su saber y sobre todo con su inteligencia, hacía curas maravillosas; los enfermos le adoraban. Seis semanas más tarde se apercibe de que el brazo mordido comienza á inflamarse. Aun siendo doctor no podía evitarlo: era la rabia que se manifestaba. Corre á casa de un amigo, doctor desterrado como él.—¡Pronto, venga la estricnina, te lo ruego! ¿Ves este brazo? ¿Sabes lo que és? Dentro de una hora, ó menos, seré preso de la rabia; intentaré morderte á ti y á los amigos; no pierdas tiempo; venga la estricnina; es preciso morir.

Se sentía vívora y quería que se le matara.

El amigo vaciló, quiso ensayar un tratamiento anti-rábico. Con una mujer animosa, ambos se pusieron á cuidarle..... y dos horas después el doctor espumajareando se arrojaba sobre ellos pretendiendo morderles. Después volvía en sí, reclamaba la estricnina, y rabiaba de nuevo. Murió por fin en medio de horribles convulsiones.

¿Qué de hechos no podríamos citar basados en nuestra propia experiencia. El hombre valeroso prefiere morir á llegar á ser la causa del mal de los otros. Y esto es porque tendrá conciencia del bien obrar y la aprobación de los que estima le seguirá si mata la vibora ó el tirano.

Perovskaya y sus amigos han matado al Czar ruso. Y la humanidad entera á pesar de su repugnancia por la sangre vertida, á pesar de sus simpatías por quien había permitido liberar los siervos, les ha reconocido este derecho.

—¿Por qué? No es que ella haya reconocido el acto útil, las tres cuartas partes dudan aún, sino porque ha comprendido que por todo el oro del mundo Perovskaya y sus amigos no habrían consentido en llegar á ser tiranos á su vez. Aún los mismos que ignoran los detalles del drama, están seguros, sin embargo, de que no ha sido una bravata de gente joven, un crimen palaciego, ni la ambición del poder; era el odio á la tiranía hasta el desprecio de sí mismo, hasta la muerte.

«Aquellos—se han dicho—habían conquistado el derecho de matar», como se ha dicho de Luisa Michel: «Tenía el derecho de pillar» (1), ó, todavía: «Ellos tienen el derecho de robar», hablando de esos terroristas que vivían de pan seco y que robaban un millón ó dos al tesoro de Kichineff, tomando con riesgo de sus propias vidas todas las precauciones posibles para evitar la responsabilidad de la guardia que custodia la caja con bayoneta calada.

Este derecho de usar de la fuerza, la humanidad no lo rehusa jamás á los que lo han conquistado; aunque ese derecho sea ejercitado sobre las barricadas, ó á la vuelta de una esquina. Pero para que tal acto produzca profunda impresión en los espíritus, es menester conquistar ese derecho. De no ser así, el acto—útil ó no—se consideraría un simple hecho brutal, sin importancia para el progreso de las ideas. No se vería en él más que una suplantación de fuerza, una sencilla sustitución de un explotador por otro.

## VII

Hasta ahora, hemos hablado de acciones conscientes, reflexivas del hombre (de las que hacemos dándonos cabal cuenta). Pero al lado de la vida consciente, encontramos la vida inconsciente, infinitamente más vasta, y demasiado ignorada en otro tiempo. Sin embargo, basta observar la manera cómo nos vestimos por la mañana, esforzándonos por abrochar un botón que sabemos haber perdido la vispera, ó llevando la mano para coger un objeto que nosotros mismos hemos cambiado de lugar, para tener idea de esa vida inconsciente y concebir el importante papel que desempeña en nuestra existencia.

Las tres cuartas partes de nuestras relaciones con los demás son actos de esa vida inconsciente. Nuestra manera de hablar, de sonreír ó de fruncir las cejas; de enfangarnos en la discusión ó de permanecer silenciosos; todo eso lo hacemos sin darnos cuenta de ello, por simple

(1) *Pillar*, tomar por la fuerza, saquear.

hábito, ya heredado de nuestros antepasados humanos ó prehumanos (no hay más que ver la semejanza en la expresión del hombre y del animal cuando uno y otro se incomodan) ó bien adquirido consciente ó inconscientemente.

Nuestro modo de obrar para con los demás, pasa así al estado de hábito. El hombre que haya adquirido el máximum de costumbres morales será ciertamente superior á ese buen cristiano que pretende siempre ser empujado por el diablo á hacer el mal, y que no puede impedirlo más que evocando las penas del infierno ó los goces del paraíso.

Tratar á los demás como él mismo quisiera ser tratado pasa en el hombre, y en los animales sociables, al estado de simple costumbre; si bien generalmente el hombre no se pregunta cómo debe obrar en tal circunstancia. Obra mal ó bien sin reflexionar. Sólo en circunstancias excepcionales, en presencia de un caso complejo, ó bajo el impulso de una pasión ardiente, vacila; entonces las diversas partes de su cerebro (órgano muy complejo, cuyas partes distintas funcionan con cierta independencia) entran en lucha. Entonces sustituye con la imaginación á la persona que está enfrente de él, pregunta si le agrada ser tratado de la misma manera; y su decisión será tanto más moral cuanto mejor identificado esté con la persona á la cual estaba á punto de herir en su dignidad ó en sus intereses. O bien un amigo interviendrá y dirale: «Imagínate colocado en su lugar. ¿Es que tú habrías sufrido ser tratado por él como tú le acabas de tratar?» Y eso basta.

La apelación al principio de igualdad no se hace más que en un momento de vacilación, mientras que en noventa y nueve casos sobre ciento obramos moralmente por costumbre.

Se habrá notado ciertamente que, en todo lo que hemos dicho hasta ahora no hemos tratado de imponer nada. Hemos expuesto sencillamente cómo las cosas pasan en el mundo animal y entre los hombres.

La Iglesia amenazaba en otro tiempo á los hombres con el infierno para moralizarlos, y sabemos cómo lo ha conseguido: desmoralizándolos; el juez amenazando con la argolla, con el látigo, con la horca, siempre en nombre de esos mismos principios de sociabilidad que á la sociedad ha escamoteado, la desmoraliza. Y los autoritarios de toda clase, claman también contra el peligro social á la sola idea de que el juez pueda desaparecer de la tierra al mismo tiempo que el cura.

Ahora bien, nosotros no tememos renunciar al juez y á la condenación. Renunciamos con Guyau á toda sanción, á toda obligación moral. No tememos decir: «Haz lo que quieras y como quieras»; porque estamos persuadidos de que la inmensa mayoría de los hombres, á medida que sean más ilustrados y se desembaracen de las trabas actuales, hará y obrará siempre en una dirección determinada útil á la

sociedad, como estamos persuadidos de que el niño andar  un día sobre sus pies, y no   cuatro patas, sencillamente porque ha nacido de padres que pertenecen   la especie humana.

Todo lo más que podemos hacer es dar un consejo, y aun dándolo añadimos: —Ese consejo no tendrá valor más que si tú mismo conoces, por la experiencia y la observación, que es bueno de seguir.

Cuando vemos   un joven doblar la espalda y oprimir asi el pecho y los pulmones, le aconsejamos que enderece, que mantenga la cabeza levantada y el pecho abierto, que aspire el aire   plenos pulmones, ensanch ndolos, porque en esto encontrará la mejor ganancia contra la tisis. Pero al mismo tiempo le enseñamos la fisiología á fin de que conozca las funciones de los pulmones y escoja por si mismo la postura que más le conviene.

Es cuanto podemos hacer como hecho moral. No tenemos más que el derecho de dar un consejo al cual añadiremos: «S guete si te parece bueno».

Pero dejando   cada uno obrar como mejor le parezca. Negando   la sociedad el derecho de castigar, fuere lo que fuere y de la manera que sea, por cualquier acto anti-social que haya cometido, no renunciaremos   nuestra facultad de amar lo que nos parezca bueno, y de odiar lo que nos parezca malo. Amar y odiar, pues sólo los que saben odiar, saben amar. Podemos reservarnos eso, y puesto que ello solo basta á toda sociedad animal para mantener y desenvolver los sentimientos morales, bastará tanto mejor   la especie humana.

Solo pedimos una cosa; eliminar todo lo que en la sociedad actual impide el libre desenvolvimiento de estos dos sentimientos, todo lo que falsea nuestro juicio: el Estado, la Iglesia, la Explotación; el juez, el clérigo, el gobierno, el explotador.

Hoy al ver un Jack el Destripador degollar de corrido diez mujeres de las más pobres, de las más miserables—y moralmente superiores   las tres cuartas partes de los ricos burgueses —nuestra primer impresión es la del odio. Si lo encontráramos el día en que ha degollado   esa mujer que quería hacerse pagar por él los treinta céntimos de su tugurio, le habríamos alojado una bala en el cráneo, sin reflexionar que la bala hubiera estado mejor colocada en el cráneo del propietario.

Pero cuando nos acordamos de todas las infamias que le han conducido   cometer esos asesinatos, cuando pensamos en las tinieblas, en las cuales rueda perseguido por las imágenes de libros inmundos,   por pensamientos enardecidos por libros estúpidos, nuestro sentimiento se aminora; y el día en que supieramos que Jack estaba en poder de un juez que ha tranquilamente cortado diez veces más vidas de hombres, de mujeres y de niños, que todos los Jack; cuando nosotros contáramos en las manos de esos fríos maniacos,   de esas gentes que envían   un Borr s   la prisión para demostrar   los burgueses que ellos son su salvaguardia, entonces todo nuestro odio contra

Jack el Destripador desaparecerá, se dirigirá   otra parte, transformarse en odio contra la sociedad cobarde   hipócrita, contra sus representantes oficiales. Todas las infamias de un destripador, desaparecen ante las cometidas en nombre de la Ley. A ella odiamos.

Hoy nuestro sentimiento se reduce continuamente. Comprendemos que todos somos, más ó menos voluntariamente, los fautores de esta sociedad. No nos atrevemos ya á odiar.  Osamos acaso amar? En una sociedad basada en la explotación y la servidumbre, la naturaleza humana se degrada.

Pero,   medida que la servidumbre vaya desapareciendo, volveremos   posesionarnos de nuestros derechos; sentiremos la necesidad de odiar y de amar aun en casos tan complicados, como el que acabamos de citar.

En cuanto á nuestra vida ordinaria, demos ya libre curso   nuestras simpatías   antipatías; lo hacemos   cada momento. Todos apreciamos la energía moral y despreciamos la debilidad, la cobardía. A cada instante nuestras palabras, nuestras miradas y nuestras sonrisas expresan nuestro gozo   la vista de actos útiles   la humanidad que consideramos buenos;   cada instante manifestamos por nuestras miradas y nuestras palabras, la repugnancia que nos inspiran la cobardía, la mentira, la intriga, la falta de valor moral. Traicionamos nuestro disgusto cuando bajo la influencia de una educación de *savoir vivre*, es decir, de hipocresía, procuramos aun disimular ese disgusto bajo apariencias falaces que desaparecerán   medida que las relaciones de igualdad se establezcan entre nosotros.

Pues bien, esto solo basta ya para mantener   cierto nivel la concepción del bien y del mal; eso bastará tanto más cuanto que no habrá entonces ni juez ni cura en la sociedad; tanto mejor cuanto que los principios morales perderán todo carácter de obligación, siendo considerados como simples relaciones entre iguales.

Y, sin embargo,   medida que esas simples relaciones se establecen, una nueva concepción moral aun más elevada surge en la sociedad, cuya es la que vamos á analizar.

### VIII

Hasta ahora, en todo nuestro anterior análisis, no hemos hecho sino exponer simples principios de igualdad. Nos hemos sublevado y hemos invitado   los demás   sublevarse contra los que se abrogan el derecho de tratar   otro como ellos no quisieran de ninguna manera ser tratados; contra los que no querrian ni ser engañados, ni explotados, ni embrutecidos, ni prostituidos, sino que lo hacen por culpa de los demás. La mentira, la brutalidad, etc., son repugnantes, no porque sean desaprobados por los códigos de moralidad—desconemos esos códigos—son repugnantes, porque la mentira, la brutalidad, etc., sublevan los sentimientos de igualdad de aquél para quien la igualdad no es una vana palabra; sublevan sobre todo á quien es realmente anarquista en su manera de pensar y obrar.

Este solo principio tan sencillo, tan natural y tan evidente — si fuera generalmente aplicado en la vida—constituiría ya una moral muy elevada, comprendiendo todo cuanto los moralistas han pretendido enseñar.

El principio igualitario resume las enseñanzas de los moralistas. Contiene también algo más, y ese algo es el respeto del individuo. Proclamando nuestra moral igualitaria y anarquista reusamos la abrogación del derecho que los moralistas han pretendido ejercer: el de mutilar á un individuo en nombre de cierto ideal que creían bueno. Nosotros no reconocemos ese derecho á nadie, no lo queremos para nosotros.

Reconocemos la libertad completa del individuo; queremos la plenitud de su existencia, el desarrollo de sus facultades. No queremos imponerle nada, volviendo así al principio que Fourier oponía á la moral de las religiones, al decir: «Dejad á los hombres absolutamente libres, no les mutiléis; bastante lo han hecho las religiones. No temas siquiera sus pasiones; en una sociedad libre no ofrecerán ningún peligro.»

En atención, á que vosotros mismos no obdicais de vuestra libertad, en atención á que no os dejáis esclavizar por los demás, y en atención á que á las pasiones violentas de tal individuo opondrís vuestras pasiones sociales, igualmente vigorosas, no tenéis que temer nada en la libertad. (1)

Renunciamos á mutilar al individuo en nombre de ideal alguno; todo cuanto nos reservamos es el derecho de expresar francamente nuestras simpatías y antipatías para lo que encontramos bueno ó malo. Tal engaña á sus amigos. ¿Es su voluntad, su carácter?—¡Sea! Ahora bien, es propio de nuestro carácter, de nuestra voluntad, menospreciar al embustero.

Y una vez que tal es nuestro carácter, seamos francos. No nos precipitemos hacia él para oprimirle con nuestro chaleco, y tomarle afectuosamente la mano como se hace hoy. A su pasión activa oponemos la nuestra, también activa y enérgica.

Es cuanto tenemos el derecho y el deber de hacer para mantener en la sociedad el principio igualitario; más aún, el principio de igualdad puesto en práctica. (2)

Todo esto, bien entendido, no se hará enteramente sino cuando las grandes causas de depravación, capitalismo, religión, justicia, go-

(1) De todos los autores modernos, el noruego Ibsen, que pronto se leerá en Francia con apasionamiento como se lee ya en Inglaterra, es quien mejor ha formulado estas ideas en sus dramas. Es también anarquista sin saberlo.

(2) Ya oímos decir: «¿Y el asesino? ¿Y el que corrompe á los niños?»—¿A esto contestaremos brevemente.

El asesino que mata por la sola sed de sangre es en extremo raro. Es un enfermo que precisa curar ó evitar. En cuanto al corruptor, cuidemos desde luego de que la sociedad no pervierta los sentimientos de nuestros hijos: entonces nada tendremos que temer de esos cabaleros.

bierno, habrán dejado de existir; pero puede hacerse ya en gran parte hoy. Se hace.

Sin embargo, si las sociedades no conocieran más que ese principio de igualdad, si cada uno, ateniéndose al concepto de equidad mercantilista, se guardara en todo momento de dar á los otros algo más de lo que de ellos recibe, sería la muerte de la sociedad inevitable.

Hasta la noción de igualdad desaparecería de nuestras relaciones; puesto que para mantenerle es preciso que algo más grande, más bello, más vigoroso que la simple equidad, se produzca sin cesar en la vida.

Y esto se produce.

Hasta ahora, no le han faltado nunca á la humanidad grandes razones que, desbordando de ternura, de ingenio ó de voluntad, empleaban su sentimiento, su inteligencia ó su actividad, en servicio del género humano, sin exigirle nada en cambio.

Esa fecundidad del genio, de la sensibilidad, ó de la voluntad, toma todas las formas posibles. Ya es el investigador enamorado de la verdad que, renunciando á todos los demás placeres de la vida, se entrega con pasión á la investigación de lo que él cree ser verdadero y justo, en contra de las afirmaciones de los ignorantes que le rodean; ya es el inventor que vive de la gloria póstuma, olvida hasta el alimento y apenas toca el pan que una mujer, todo abnegación, le hace comer como á un niño, mientras persigue su invención destinada según él á cambiar la faz del mundo; ya es el revolucionario ardiente, para quien los goces del arte, de la ciencia, de la misma familia parecen áridos en tanto no estén compartidos por todos, trabajando en regenerar el mundo á pesar de la miseria y de las persecuciones; ya es el mozalvete que, al oír relatar las atrocidades de los invasores, creyendo á ciegas en las leyendas del patriotismo que le han contado, va á inscribirse en un cuerpo franco, anda por la nieve, sufre el hambre, y concluye por caer bajo las balas.

Es el granujilla de París, que, mejor inspirado y dotado de inteligencia más fecunda, escogiendo mejor sus aversiones y sus simpatías, corre á las murallas con su hermanito, resiste la lluvia de los obuses y muere murmurando: ¡Viva la comunel! es el hombre que se subleva á la vista de una iniquidad sin preguntar qué resultará de ello; y, cuando todos doblan el espinazo, desenmascara la iniquidad, hiere al explotador, al tiranuelo de la fábrica ó al gran tirano de un imperio; son, en fin, todos esos sacrificios sin número menos llamativos, y por eso desconocidos casi siempre, que se pueden ver constantemente, sobre todo en la mujer, á quien se quiere encargar el trabajo de abrir los ojos y notar lo que constituye el fondo de la humanidad, lo cual le permite también instruirse bien ó mal á pesar de la explotación y la opresión que ella sufre.

Aquellos fraguan, unos en la oscuridad, otros en campo más amplio, los verdaderos progresos de la humanidad. Y la humanidad lo

sabe. Por lo mismo rodea sus vidas de respeto, de leyendas. Hasta los embellece y los hace héroes de sus cuentos, de sus canciones, de sus novelas. Ama en ellos el valor, la bondad, el amor y la abnegación que faltan á la mayoría. Trasmite sus recuerdos á sus hijos, se acuerda hasta de los que no han trabajado más que en el estrecho círculo de la familia y de los amigos, venerando su memoria en las tradiciones familiares.

Aquellos constituyen la verdadera moralidad: — la única por otra parte digna de tal nombre—no siendo el resto sino sencillas relaciones de igualdad. Sin esos ánimos y esas abnegaciones, la humanidad estaría embrutecida en la ciénaga de mezquinos cálculos. Aquellos, en fin, preparan la moralidad del porvenir; la que vendrá cuando, cesando de contar, nuestros hijos crezcan con la idea de que el mejor uso de toda cosa, de toda energía, de todo valor, de todo amor, está donde la necesidad de esta fuerza se siente con mayor viveza.

Esos ánimos, esas abnegaciones han existido en todo tiempo; se las encuentra en los animales, se las encuentra en el hombre hasta en las épocas de mayor embrutecimiento; y en todo tiempo las religiones han procurado apropiárselas, acuñarlas en su propia ventaja; y si las religiones viven todavía es porque á parte la ignorancia—en todo tiempo han apelado precisamente á esas abnegaciones, á esos rasgos de valor. A ellos apelan también los revolucionarios, sobre todo los revolucionarios socialistas.

En cuanto á explicarlos los moralistas religiosos, utilitarios y otros, han caído á su vez en los errores que ya hemos señalado.

Pertenece á ese joven filósofo, Guyau—á ese pensador anarquista sin saberlo—haber indicado el verdadero origen de tal valor y de tal abnegación independiente de toda fuerza mística, independiente de todos esos cálculos mercantiles bizarramente imaginados por los utilitarios de la escuela inglesa.

Allá, donde las filosofías Kantista, positivista y evolucionista, se han estrellado, la filosofía anarquista ha encontrado el verdadero camino.

Su origen, ha dicho Guyau, *es el sentimiento de su propia fuerza, es la vida que se desborda, que busca esparcirse*. «Sentir interiormente, lo que uno es capaz de hacer, es tener conciencia de lo que se ha «el deber de hacer».

El impulso moral del deber que todo hombre ha sentido en su vida y que se ha intentado explicar por todos los misticismos, el deber no es otra cosa que una superabundancia de vida, que pide ejercitarse, darse, es al mismo tiempo la conciencia de un poder.

Toda energía acumulada ejerce presión sobre los obstáculos colocados ante ella. Poder obrar es deber obrar. Y toda esa obligación moral, de la cual se ha hablado y escrito tanto, despojada de toda suerte de misticismos, se reduce á esta verdadera concepción: *La vida no puede mantenerse sino á condición de esparcirse*.

•La planta no puede impedir su florecimiento. Algunas veces, florecer, para ella, es morir. ¡No importa, la savia sube siempre!»; concluye el joven filósofo anarquista.

Lo mismo le sucede al ser humano cuando está pletórico de fuerza y de energía. La fuerza se acumula en él; esparce su vida; da sin contar, sin lo cual, no viviría; y si debe perecer, como la flor, deshojándose, no importa; la savia sube, si la hay.

Sé fuerte; desborda de energía pasional é intelectual, y verterás sobre los otros tu inteligencia, tu amor, tu actividad.

Hé ahí á qué se reduce toda la enseñanza moral, despojada de las hipocresías del ascetismo oriental.

## IX

Lo que la humanidad mira en el hombre verdaderamente moral es su energía, es la exuberancia de la vida que le empuja á dar su inteligencia, sus sentimientos, sus actos, sin demandar nada en cambio.

El hombre fuerte de pensamiento, el hombre exuberante de vida intelectual, procura naturalmente esparcirla. Pensar sin comunicar su pensamiento á los demás carecería de atractivo. Sólo el hombre pobre en ideas, después de haber concebido una con trabajo, la oculta cuidadosamente para ponerle más tarde la estampilla de su nombre. El hombre de poderosa inteligencia, fecundo en ideas las siembra á manos llenas; sufre si no puede compartirlas, lanzarlas á los cuatro vientos, en ello está su vida.

Lo mismo sucede con el sentimiento—«no nos bastamos á nosotros mismos, tenemos más lágrimas que las necesarias para nuestros propios dolores, más alegrías en reserva que las justificadas para nuestra propia existencia»;— ha dicho Guyau resumiendo así toda la cuestión moral en líneas tan concisas, tomadas de la naturaleza. El ser solitario sufre, es presa de cierta inquietud porque no puede compartir sus ideas, sus sentimientos con los demás. Cuando sentimos un gran placer, querríamos hacer saber á los demás que existimos, que sentimos, que amamos, que vivimos, que luchamos, que combatimos.

Al mismo tiempo sentimos la necesidad de ejercitar nuestra voluntad, nuestra fuerza activa. Obrar, trabajar, llega á ser una necesidad para la inmensa mayoría de los hombres, tanto que, si condiciones absurdas alejan al hombre ó á la mujer del trabajo útil, inventan trabajos, obligaciones fútiles é insensatas para abrir un nuevo campo á su actividad. Inventan cualquiera cosa—una teoría, una religión, un deber social—para persuadirse de que ellos hacen algo útil. Si bailan es por caridad, si se arruinan con sus tocados, es para mantener la aristocracia á su debida altura, si no hacen absolutamente nada, es por principio.

Hay necesidad de ayudar á otro, empujar al pesado vehículo que arrastra trabajosamente la humanidad, cuando nó se murmura en su derredor»; dice Guyau. Semejante necesidad de ayuda es tan grande que se encuentra en todos los animales por inferiores que sean; y la



inmensa actividad que cada día se gasta con tan poco provecho en política, ¿qué es sino la necesidad de empujar al carromato ó murmurar en torno suyo?

Ciertamente la fecundidad de la voluntad, la sed de acción cuando no va acompañada más que de una sensibilidad pobre y de una inteligencia incapaz de crear, dará un Napoleón I ó un Bismarck, locos que querían hacer marchar el mundo al revés. Por otra parte la fecundidad del espíritu despojada, sin embargo, de sensibilidad, dará frutos secos, los sábios, que no hacen sino detener el progreso de la ciencia; y, en fin, la sensibilidad, no guiada por una inteligencia bastante cultivada, producirá mujeres prontas á sacrificarlo todo por una pasión cualquiera, á la cual se entregan por completo.

Para ser realmente fecunda la vida debe estar á la vez en la inteligencia, en el sentimiento y en la voluntad. Esa fecundidad en todas sus modalidades es la vida; la única cosa que merece tal nombre; por un momento de esta vida, quienes la han entrevisto, dan años de existencia vegetativa. Sin esa vida desbordante, uno parece viejo antes de la edad, impotente, planta que se seca sin haber florecido nunca.

«Dejemos á los corrompidos del siglo esta vida, que no es tal» — exclama la juventud, la verdadera juventud llena de savia, que anhela vivir y sembrar la vida en torno suyo. Y cuando la sociedad se envía un empuje venido de dicha juventud, rompe los viejos moldes económicos, políticos, morales, para hacer germinar nueva vida. No importa que alguno caiga en la lucha: la savia sube siempre. Para él vivir es florecer, cualesquiera que sean las consecuencias, no las rehuye.

Pero sin hablar de épocas heroicas en la humanidad, sino tomándolo de la vida ordinaria, ¿es vida vivir en desacuerdo con su ideal?

En la actualidad oyes decir con frecuencia que se burlan del ideal. Se comprende. ¡Háse confundido tan á menudo el ideal con la mutilación budhista ó cristiana; hase empleado tan á menudo esta palabra para engañar á los sencillos, que la reacción es necesaria y saludable!

También á nosotros nos gustaría reemplazar la palabra ideal, cubierta de tanta porquería, por una nueva palabra más conforme con las ideas modernas.

No obstante, cualquiera que sea la palabra, el hecho existe; todo ser humano tiene su ideal.

Bismarck tenía el suyo, tan fantástico como se quiera: el gobierno por el hierro y el fuego. Todo burgués tiene el suyo, aunque sea éste la posesión de la bañera de plata de Gambetta, el cocinero Trompette y muchos esclavos para pagar á Trompette y comprar la bañera sin rascarse la oreja demasiado.

Pero, al lado de esos, está el hombre que ha concebido un ideal superior. La vida del bruto no puede satisfacerle; el servilismo, la mentira, la falta de buena fé, la intriga, la desigualdad en las relaciones humanas, le sublevan. ¿Cómo puede convertirse en servil, mentiroso, intrigante, dominador á su vez? Entrevé cuan hermosa sería

la vida si existiera más franqueza en nuestras relaciones; siente la fuerza que le impulsa á establecer esas relaciones con los que encuen- tra en su camino; concibe lo que se llama el ideal.

¿De donde viene ese ideal? ¿Se forma por la herencia de una parte y las impresiones de la vida de otra? Apenas lo sabemos, todo lo más, podríamos hacer de nuestra propia vida, una historia más ó menos verdadera. Pero vedle vario, progresivo, abierto á las influencias externas; más siempre vívido. Es una sensación, inconsciente en parte, que nos da la mayor suma de vitalidad, el goce de existir.

Pues bien, la vida es vigorosa, fecunda, rica en sensaciones, respondiendo á la concepción del ideal.

Obrad contra esa concepción, y sentís aminorarse vuestra vitalidad; no es ya única; pierde su vigor. Faltad con frecuencia á vuestro ideal, y concluiréis por paralizar vuestra actividad; pronto no volveréis ya á encontrar ese vigor, esa espontaneidad en la decisión que teníais en otro tiempo.

Nada de misterioso hay en ello, una vez que miráis al hombre como un compuesto de centros nerviosos y cerebrales obrando con independencia. Fluctuad entre los diversos sentimientos que luchan en vos y llegareis á romper enseguida la armonía del organismo; seréis un enfermo sin voluntad; la intensidad de la vida descenderá, y hareis bien en no comprometeros; no sereis ya el sér completo, fuerte, vigoroso que érais cuando vuestros actos se encontraban cordes con las concepciones ideales de vuestro cerebro.

### X

Y ahora digamos, antes de concluir, algo de esos dos términos precedentes de la escuela inglesa, altruismo y egoismo, con los que nos atruenan continuamente los oídos.

Hasta el presente no habíamos hablado de ellos en este sentido; es que no veíamos aún la distinción que los moralistas ingleses han intentado introducir.

Quando decimos: «tratemos á los demás como nosotros quisiéramos ser tratados», ¿es el altruismo ó el egoismo lo que recomendamos? Cuando remontándonos más alto, decimos: «La felicidad de cada uno está íntimamente ligada á la felicidad de todos los que le rodean: se puede tener quizá algunos años de dicha relativa en una sociedad basada en la desgracia de los demás, pero esa dicha está edificada sobre arena: no puede durar; la cosa más insignificante basta para destruirla, y es infinitamente pequeña en comparación de la posible dicha de una sociedad igualitaria: además siempre que tú veas el bien general, obrarás bien»; cuando decimos esto, ¿es el altruismo ó el egoismo lo que predicamos? Hacemos constar sencillamente un hecho.

Y cuando añadimos parafraseando una palabra de Guyau: «Sé fuerte, sé grande en todos tus actos, desarrolla tu vida en todas sus modalidades, sé tan rico como te sea posible en energía, siendo para

ello el ser más social y más sociable si quieres gozar de una vida llena, entera y fecunda. Guiado siempre por una inteligencia ampliamente despejada lucha, arriésgate—el riesgo tiene también sus goces—arroja tus fuerzas, sin contarlas mientras las tengas, en todo lo que creas ser hermoso y grande; y entonces habrás gozado la mayor suma posible de felicidad. Unete con las masas; y, sucédate lo quiera en la vida, sentirás latir contigo precisamente los corazones que amas, y latir contra ti los que menosprecies». Cuando decimos eso ¿es el altruismo ó el egoísmo lo que enseñamos?

Luchar, afrontar el peligro, arrojarse al agua para salvar, no ya á un hombre, sino á un simple gato; alimentarse con pan seco para poner fin á las iniquidades que os sublevan, acordarse de los que merecen ser amados, ser amado por ellos, para un filósofo enfermo eso es quizá un sacrificio; pero para el hombre y la mujer plétóricos de energía, de fuerza, de vigor, de juventud, es el placer de vivir.

¿Es egoísmo? ¿Es altruismo?

En general los moralistas que han levantado sus sistemas basados en la pretendida oposición del sentimiento egoísta y el altruista han equivocado el camino. Si esa oposición existiera en realidad, si el bien del individuo fuera verdaderamente opuesto al de la sociedad, la especie humana no existiría; ningún animal habría podido alcanzar su actual desarrollo. No encontrando las hormigas un intenso placer en trabajar juntas por el bienestar de la colonia, ésta no existiría, y la hormiga no sería lo que es hoy, el ser más desarrollado entre los insectos: un insecto cuyo cerebro, apenas perceptible con el auxilio de una lente, es casi tan poderoso como el cerebro medio del hombre. No encontrando un intenso placer en sus emigraciones, en los cuidados que se toman para educar su prole, en la acción común para la defensa de sus sociedades contra las aves de rapiña, el pájaro no habría podido alcanzar el desarrollo á que ha llegado: el tipo pájaro habría retrogradado en lugar de progresar.

Y cuando Spencer prevé un tiempo en que el bien del individuo se confundirá con el de la especie, olvida una cosa, que si los dos no hubieran sido siempre idénticos, no hubiera podido cumplirse la evolución misma del reino animal.

Lo que ha habido en todo tiempo es que se ha encontrado, así en el mundo animal como en la especie humana, un gran número de individuos que no comprendían que el bien del individuo y el de la especie son en el fondo idénticos. No comprendían que siendo el fin del individuo vivir intensamente, encuentra en gran manera esta condición de la existencia en la mayor sociabilidad, en la más perfecta identificación de sí propio con todos los que le rodean.

Pero esto no era sino carencia de inteligencia, falta de comprensión. En todo tiempo ha habido hombres ruines, en todo tiempo ha habido imbéciles; pero en ninguna época de la historia, ni aun en las geológicas, el bien del individuo ha sido opuesto al de la sociedad. En

todo lugar han sido idénticos, y los que mejor lo han comprendido han gozado siempre de la vida más completa.

La distinción entre el egoísmo y el altruismo es, pues, absurda á nuestros ojos. Por eso no hemos dicho nada más de los compromisos que el hombre, á creer á los utilitarios, tendría constantemente entre sus sentimientos egoístas y sus sentimientos altruistas. Tales compromisos no existen para el hombre convencido.

Lo que hay realmente, es que desde el momento en que pretendemos vivir conforme á nuestros principios de igualdad, los vemos chochar á cada paso. Por modestas que sean nuestra comida y nuestro lecho, somos aun Rothschild en comparación del que duerme bajo los puentes, y que á menudo se halla falto hasta de pan seco; por poco que nos entreguemos á los goces intelectuales y artísticos, somos todavía Rotchschild en comparación de los millones que tornan á la tarde embrutecidos por el trabajo manual, monótono y pesado, los cuales no pueden gozar del arte y de la ciencia, y morirán sin haber conocido nunca tan nobles satisfacciones.

Conocemos qué no hemos apurado el principio igualitario; pero no queremos transigir con tales exigencias. Nos sublevamos contra ellas; nos aplastan; nos vuelven revolucionarios; no nos acomodamos á lo que nos subleva; repudiamos toda transacción aun el armisticio, y prometemos luchar á todo trance contra estas condiciones sociales.

No es posible transigir, y el hombre convencido no quiere que se le permita dormir tranquilo, esperando que esta sociedad cambie por sí sola.

Heos al fin de nuestro estudio.

Hay épocas, hemos dicho, en que la concepción moral cambia por completo. Se observa que lo que se había considerado como moral, es la más profunda inmoralidad. Aquí, una costumbre, una tradición veneranda; pero inmoral en el fondo; allá, no se encuentra más que el provecho de una sola clase. Se les arroja por la borda y se grita: «Abaja la moral». Constituye un deber practicar actos inmorales.

Saludemos estos tiempos, son tiempos de crítica, el signo más seguro de que se hace un gran trabajo intelectual en la sociedad; la elaboración de una moral superior.

Lo que esa moral será, hemos tratado de formularlo, basándonos en el estudio del hombre y de los animales, y hemos visto la que se dibuja en las ideas de las masas y de los pensadores.

Semejante moral no ordenará nada; rehusará en absoluto modelar al individuo con arreglo á ninguna idea abstracta, como rehusar mutilarlo por la religión, la ley y el gobierno. Dejará la libertad plena y entera al individuo, llegará á ser una simple demostración de hechos, una ciencia.

Y esta ciencia dirá á los hombres: Si no te sientes con ánimo, si tus fuerzas son justamente las necesarias para mantener una vida grisácea, monótona, sin fuertes emociones, sin grandes goces; pero

también sin grandes sufrimientos; bueno, te mantienes en los sencillos principios de la equidad igualitaria. En las relaciones igualitarias encontrarás lo que necesitas, la mayor suma de felicidad posible dadas tus escasas fuerzas,

Pero si sientes en tí el vigor de la juventud, si quieres vivir, si quieres gozar la vida entera, plena, desbordante—es decir conocer el mayor goce que un ser viviente puede desear—sé fuerte, sé grande sé enérgico en todo lo que hagas.

Siembra la vida alrededor de tí, advierte que engañar, mentir, ser astuto, es envilecerte, empequeñecerte, reconocerte débil desde luego; ser como la esclava del harem, que se cree inferior á su señor. Hazlo si te place; pero entonces ten presente que la humanidad te considerará pequeño, mezquino, débil y te tratará en consecuencia. No viendo tu energía, te considerará como á un ser que merece lástima, sólo lástima. No te quejes de los humanos, si tú mismo paralizas así tu actividad.

Sé fuerte, por el contrario, y cuando veas una iniquidad y la hayas comprendido—una iniquidad en la vida, una mentira en la ciencia, un sufrimiento impuesto por otro—rebélate contra la iniquidad, la mentira y la injusticia. ¡Lucha! La lucha es la vida, tanto más intensa, cuanto más viva sea aquella. Y entonces, habrás vivido; y por algunas horas de esa vida, no darás años de vegetación en el cieno del pantano.

Lucha para permitir á todos vivir esta vida rica y exuberante y ten por seguro que encontrarás en esta lucha goces tan grandes, como no los encontrarías parecidos en ningún otro orden de actividad.

Tal es cuanto puede decirte la ciencia de la moral: á tí toca escoger.

## SECCION PEDAGÓGICA

AUTORES		Pesetas
<b>C. Jacquet.</b>	Compendio de Historia universal (1. <sup>a</sup> parte)..	2
<b>Id.</b>	Compendio de Historia universal (2. <sup>a</sup> parte)..	2
<b>Id.</b>	Compendio de Historia universal (3. <sup>a</sup> parte)..	2
<b>J. Grave.</b>	Aventuras de Nono.	2
<b>C. Gomis.</b>	Nuevo Silabario.	0'50
<b>Id.</b>	Lecturas Instructivas.	1
<b>Fabian Palasi.</b>	Compendio de Gramática Española.	2
<b>C. Gomis.</b>	Elementos de Gramática.	1
<b>Id.</b>	Id. de Aritmética.	1
<b>Id.</b>	Nociones de Geometría.	1
<b>Id.</b>	Elementos de Cosmografía.	1
<b>Id.</b>	Rudimentos de Agricultura Española	1'50
<b>C. Lozano y Ponce de León.</b>	Id. de Física.	1'50
<b>J. Mecpherson.</b>	Id. de Geología.	1'50
<b>A. Armicis.</b>	Id. de Meteorología.	1'50
<b>S. Calderón.</b>	Id. de Mineralogía.	1'50
<b>O. de Buen.</b>	Nociones preliminares de Historia Natural.	1'50
<b>J. R. Carrido.</b>	Compendio de Química Biológica.	1'50
<b>Id.</b>	Id. Id. Orgánica.	1'50
<b>S. Mundi Giró.</b>	Geometría General.	1'50
<b>J. Piernas Hurtado.</b>	Vocabulario de la Economía política.	1'50
<b>A. Mzylin.</b>	Los Abonos industriales.	1'59
<b>J. Casares Gil.</b>	Elementos de Análisis químico.	1'50

**Notas.**—Sobre los precios fijados en esta sección se concederá un 20 por 100 de rebaja en los pedidos, cuyo minimum sea de 25 pesetas siendo de mi cuenta en todas las remesas los gastos de expedición.

Para el servicio de las escuelas he reunido también una Colección de Cuadros de la Naturaleza donde los maestros auxiliados de una memoria redactada por Celso Gomis, podrán iniciar á sus alumnos al estudio de las maravillas naturales de la Tierra en que vivimos y de los astros que ostentan sus grandezas y fulgores á través de la atmósfera que nos rodea. Los ocho cuadros que abarca esta colección y texto cuesta 15 pesetas, porte pagado. Los referidos cuadros miden 72 centímetros por 54 y están estampados en cromolitografía de verdadero gusto.

## SECCIÓN SOCIOLOGICA

AUTORES	Pesetas
<b>S. Faure.</b> . . . . .	El Dolor Universal, (2 tomos). . . . . 2
<b>E. Reclús.</b> . . . . .	Evolución y Revolución . . . . . 1
Id.	La Montaña. . . . . 1
<b>P. Kropotkine.</b> . . . . .	La Conquista del pan.. . . . 1
Id.	Palabras de un rebelde. . . . . 1
Id.	Campos, Fábricas y Talleres. . . . . 1
Id.	La Moral Anarquista. . . . . 0'15
<b>Ch Malato.</b> . . . . .	La Filosofía del Anarquismo. . . . . 1
<b>M. Gorki.</b> . . . . .	Los ex-hombres.. . . . 1
Id.	Los vagabundos.. . . . 1
<b>J. Grave.</b> . . . . .	La Sociedad futura (2 tomos). . . . . 2
Id.	La sociedad moribunda y la anarquía 1'50
<b>F. Cortiella.</b> . . . . .	El plor de l' Auba (en catalán). . . . . 1
<b>A. Lorenzo.</b> . . . . .	El proletariado militante. . . . . 3
Id.	El hombre y la Sociedad. . . . . 0'25
<b>M. Bakounine.</b> . . . . .	Dios y el Estado. . . . . 0'75
<b>J. Sanchez Rosa.</b> . . . . .	Las dos fuerzas. . . . . 0'30
<b>Paraf-Javal.</b> . . . . .	Libre exámen.. . . . 0'25
<b>La Huelga General.</b> . . . . .	Por qué de la huelga general. . . . . 0'25
Id.	Las dos judías. . . . . 0'10
<b>A. Apolo.</b> . . . . .	La Redención del Campesino. . . . . 0'10
<b>J. L. Montenegro.</b> . . . . .	La Huelga General. . . . . 0'25
Id.	La Naturaleza (poema). . . . . 0'50
<b>J. Médico.</b> . . . . .	Al Pueblo. . . . . 0'05
<b>P. Gori.</b> . . . . .	La Anarquía ante los Tribunales. . . . . 0'05
<b>R. Chaughi.</b> . . . . .	La Mujer Esclava. . . . . 0'05
<b>Etievant.</b> . . . . .	Declaraciones de Etievant. . . . . 0'05
<b>E. Malatesta.</b> . . . . .	Diálogo Electoral. . . . . 0'05
<b>Varios.</b> . . . . .	Huelga de Electores.. . . . 0'05
<b>A. Girard.</b> . . . . .	Educación y Autoridad Paternal. . . . . 0'05

Para no hacer interminable este Catálogo añadiré que las obras de L. Tolstoy, Zola, Mirbeau, Malato y demás escritores conocidos en el campo de la sociología moderna, serán servidas igualmente sin aumento de precio.